

La línea de esta costa americana
de Cabo de Hornos a Natal se extiende
como la cinta de un collar abierto:
y en medio de esta cinta soberana,
como una perla el Uruguay enciende
la blanca luz de su divino puerto.

Porque el destino y Dios conjuntamente
te han escogido, tierra bendecida,
como para que des la bienvenida
al que se acerca a vuestro continente;
y aunque tierra eres tú, te haces humana
y metiendo en el mar tus plantas breves
hacia el viajero que por ti se afana
parece que caminas y te mueves
saliéndote del manto de tu vega
diluyendo en tu risa que lo anega
del viaje inacabable el postrer plazo,
¡y abriendo a la esperanza del que llega
tu puerto circular que es un abrazo!

El viajero hace días
que empezó a ver americanas tierras
y que otea en las claras lejanías
picos de sierras que no son tus sierras,
ya está en aguas de América y no obstante
hasta mirar las piedras de tu costa
y hasta tener delante
de los ojos, en cada calle angosta,
esta visión radiante
de brazos de mujer que se adelantan
hacia el agua y levantan
como si saludaran entre brumas
los pañuelos de tul de sus espumas,
hasta verte y entrar con el deseo
en tu mole gentil, Montevideo,
no llegamos a América: sabemos
que es tierra americana lo que vemos;
pero es preciso que al hervor del Plata,
sobre una barca enana, entre las olas,
nos llegue, oliendo a sal, la catarata
de unas cortantes frases españolas;
¡pero es preciso que al andar tengamos
en la clara ciudad que contemplamos
la visión reluciendo a lentejuelas
de una blanca mantilla gaditana
calada por tus calles y plazuelas,
para que entre las alas de la brisa
nos llegue franca, abierta, soberana
la primera sonrisa
del alma de la tierra americana!
Pequeña te hizo Dios, casa uruguaya;
blanca gaviota en medio de una playa
dos colosos sujetan
tu corazón que busca el Oceano
y entre los dos colosos que te aprietan
pequeña te hizo Dios, como una mano;
pero una mano ordena y dictamina;
una mano se comba y es coraza;

URUGUAY

POEMA PÓSTUMO DE
EDUARDO MARQUINA



se cierra en puño y es batán de maza,
doma un potro, da trigo a una colina
y en la hora de la injuria, arrebatada,
una mano es el tronco de una espada:
¡pues no te quejes, tierra, que no en vano
pequeña te hizo Dios como una mano!

Patria uruguaya, en toda tu figura
pareces de antemano apercebida
a recoger del mar toda la vida
y a llevarla hacia adentro en tu hermosura.
Y esta misión que por el mar te llega
trayendo a ti de todos los rincones
las civilizaciones
de las tierras allende, hasta la griega,
no puedes olvidarla; ella te labra
tu camino ideal forzosamente;
lo de "oriental" no sea una palabra,
sustantívalo en lumbre y hazte Oriente;
que, porque cumplas tu misión divina,
tal vez te dió el Señor, tierra uruguaya,
tan breve centro con tan ancha playa;
y, así eres, junto al mar como pechina
que tomas de él sus vivas claridades
y bautizas la América latina
en aguas de humanismo y libertades.

Tierra de promisión que vale el viaje;
tierra, toda piedad, porque eres puerto;
corazón de mujer, porque se ha abierto
a los besos de amor del oleaje;
torre avanzada de comarca ignota
que le sales al paso al caminante
alegrándole el fúlgido semblante,
con relámpagos de alas de gaviota;
cuando la vida, tras el lampo breve
de este vagar, me lleve
a mi retiro de la vieja Europa
también será tu playa
la que al quedarse aquí, tierra uruguaya,
me deje solo en mi rincón de popa...
Me quedaré mirando desolado
y al clavar la mirada, hipnotizado,
en el último rizo
de espuma que en tu arena se deslíe
vendré a pensar que él es, por un hechizo,
un rostro de mujer que me sonrío.
¡Y en aquel rostro al que dará la arena
su ambarino fulgor de tez morena
—bálsamo que sosiega en la agonía,
acicate que exalta en los deberes—
yo beberé, al partir, la poesía
del mirar oriental de tus mujeres!
Y así, mano divina, levantada
para agitar al sol lienzos de nieve,
tú habrás sido, Uruguay, en sólo el breve
cambio de una mirada,
mi primera alegría, a la llegada,
¡y el último recuerdo que me lleve!